

VIACRUCIS de los niños migrantes

PEDRO SÁNCHEZ BRIONES

CIUDAD JUÁREZ.- La frontera entre México y Estados Unidos se ha convertido en el juego más peligroso para menores que viajan tanto solos como con su familia, para salir de la violencia o de la miseria de sus lugares de origen. Mientras que en todo 2020 el albergue oficial en Ciudad Juárez, Chihuahua, que acoge a menores no acompañados atendió a 184 extranjeros y 744 repatriados, en lo que va de este 2021, de enero a abril se han reportado 173 y 773, respectivamente.

“Ahorita ya casi alcanzamos la cifra del año pasado”, indica Alfredo Villa, director del Centro Integral de Atención a Niñas, Niños y Adolescentes Migrantes “Nohemí Álvarez Quillay”, dependiente de la Procuraduría de Protección de Niños, Niñas y Adolescentes del Estado de Chihuahua, perteneciente al DIF Estatal.

“Ya casi es como si hubiéramos pasado todo el año”, refiere Villa.

En 2020, de enero a abril, se documentaron 45 extranjeros y 311 mexicanos, muy por debajo del mismo periodo de este 2021.

Y es que en los últimos meses se ha registrado un alza en el número de menores que son asegurados sin un familiar que los acompañe en su travesía.

Hasta la última semana de abril, entre mexicanos y extranjeros se encontraban 70 menores, cuando el espacio es para 74.

“No estamos rebasados, porque al final del día el trá-

mite se puede sacar, pero sí

(...) estamos preocupados porque si continúa con esa tendencia pues sí vamos a rebasar todos los números (...) sí va a llegar el momento en el que nos sobrepase esto y necesitemos a lo mejor ahí sí reforzar el equipo, reforzar las atenciones”, indica Villa.

En 2019, el inmueble recibió a 184 extranjeros y mil 283 connacionales.

En este 2021, además, de enero a abril han atendido a 680 menores extranjeros que viajan con familiares, muchos de ellos del llamado “Título 42”, que regresa Estados Unidos de manera inmediata por la emergencia sanitaria por Covid-19, y a quienes, al ser devueltos a la frontera mexicana, su caso lo analiza este centro, pero canaliza al menor y a sus familiares juntos a otros refugios.

En el caso de los menores que viajan solos y que llegan al albergue, el 80 por ciento de quienes ingresan son canalizados por el Instituto Nacional de Migración, y el otro 20 por ciento por elementos de la Secretaría de Seguridad Pública Municipal.

Además, el 80 por ciento son repatriados mexicanos.

Sin embargo, no significa



Fecha 09.05.2021	Sección Forma y Fondo	Página 12-13
----------------------------	---------------------------------	------------------------

que los casos atendidos sean todos los que ocurran en la frontera, ya que existe una cifra negra superior, reconoce Villa, quien considera que hay muchos niños bajo estas condiciones en la ciudad sin ser detectados.

En el refugio se encuentran migrantes de 12 a 17 años, y el 80 por ciento tiene entre 16 y 17 años.

Cuando llegan pequeños de menos de 12 años, los canalizan a otros albergues que atienden a población infantil en general y que colaboran con el DIF en estos casos, como cuando arriban pequeños con edades de 8 a 10 años, que aunque no es el principal rango de edad que atienden, sí ha ocurrido.

“Sí llegan, son pocos los casos pero sí llegan. Pero son situaciones pues muy particulares, no es como que

lleguen solos, sino que llegan a lo mejor acompañados de la mamá o del papá a la ciudad”, explica.

También ha ocurrido que llegan migrantes que afirman ser menores, pero al revisar su caso se detecta que ya tienen 18 años.

“Aquí, si nos han tocado casos, como dos. Uno de ellos era mayor de edad, el otro al principio manifestó que era menor de edad y otro caso sí un chico que incluso ya tenía su procedimiento de refugio, él ya estaba como refugiado en México”.

Explica que suele ocurrir que los padres, por ejemplo, llevan a sus hijos al puente internacional y les dicen que crucen.

“Pero a la hora que los detectan, porque no alcanzan a llegar hasta donde está Estados Unidos, los detectan

las autoridades mexicanas, entonces ya los tenemos que resguardar nosotros, hacer un proceso de investigación con la familia, trabajar con ellos para hacer conciencia de que hay un gran peligro que los dejen ahí, entonces trabajamos con ellos y en la

mayoría de los casos se les reúne otra vez”, menciona.

“Sabemos que son niños migrantes, traen una infinidad de cosas que han pasado, que han vivido en su traslado, y pues afortunadamente contamos con el equipo de psicología”, explica sobre el inmueble ubicado en la Colonia Centro.

“Un cinco por ciento llega así con alguna crisis, pero la mayoría por las circunstancias que han vivido ellos, son niños muy maduros, no cualquiera se avienta también esos viajes que hacen ellos”. ■

■ Los albergues que reciben a menores en la frontera norte han llegado casi a su tope en los últimos meses.



Pedro Sánchez Briones

Continúa en siguiente hoja



ESTE AÑO, A LA FRONTERA NORTE HAN LLEGADO CIENTOS DE MENORES CENTROAMERICANOS, QUE VIAJAN SOLOS O ACOMPAÑADOS, CON LA ESPERANZA DE CRUZAR A ESTADOS UNIDOS.

Jiro Sánchez Briones

Continúa en siguiente hoja

Fecha 09.05.2021	Sección Forma y Fondo	Página 12-13
----------------------------	---------------------------------	------------------------

Sueña con ser doctora

CIUDAD JUÁREZ.- Dos de sus 12 años, Nuria los ha vivido en un albergue para migrantes en esta Ciudad, a donde llegó con su madre y dos hermanas, luego de ser enviadas de Estados Unidos a México a esperar su proceso de asilo político.

Estaba en quinto grado de primaria en El Salvador cuando, junto con su familia, dejó su país por amenazas, y ahora está inscrita en el primer año de secundaria en una escuela habilitada en el albergue Pan de Vida.

Aunque no sufrió de algún incidente delictivo en el trayecto de Centroamérica a la frontera norte de México, hizo toda la travesía con temor.

“Tenía un poco de miedo que me llegara a pasar algo, de que nos podía pasar algo en el camino”, comenta la adolescente, quien refiere que había visto noticias sobre migrantes que eran

secuestrados.

Su madre indica que por fortuna no pasó nada grave en el camino.

Ahora, mientras esperan ser llamadas por Estados Unidos para ingresar como parte de los Protocolos de Protección a Migrantes (MPP, en inglés), ha debido atender a su hija por un problema en la garganta, cuyo diagnóstico aún desconocen.

La menor batalla para pasar los alimentos cuando come, por lo que ha requerido de citas médicas y estudios en el Hospital Infantil de Ciudad Juárez, lo que llevó a Sara, su madre, a dejar un trabajo que había conseguido en el Centro de la Ciudad.

Entre idas al hospital, clases en el mismo albergue o ver los atardeceres de la zona poniente de Juárez, Nuria sueña con dedicarse a la Medicina.

“Quiero estudiar para doctora”, comenta. ☺



■ Nuria dejó su país, El Salvador, hace dos años, junto con su familia.

‘Mami, no nos vayan a separar’

CIUDAD JUÁREZ.- El color verde intenso del trompo de Omar sobresale en la tierra arenosa del patio del albergue en el que vive desde hace tres meses, cuando llegó de El Salvador junto con su madre para intentar cruzar hacia Estados Unidos.

Omar, de 10 años, opta por jugar alrededor del área recreativa bordeada con llantas de desecho, mientras que desde las resbaladillas, los columpios y el sube y baje, se escucha la algarabía de niños que en medio de la crisis migratoria rien y corren con libertad.

Sin embargo, en su rostro se observa una expresión diferente a la de cualquier niño que busca conocer una nueva aventura, al cargar a su corta edad la experiencia de haber recorrido miles de kilómetros expuesto a ser víctima de al-

gún delito en su travesía por alcanzar el “sueño americano”.

Aunque en su caso viajó con familiares, también enfrenta riesgos como los menores no acompañados que intentan cruzar la frontera entre México y Estados Unidos.

Sin guía, Omar recorrió con su madre Ofelia desde Guatemala hasta Ciudad Juárez.

Pensando en que la frontera estaba abierta para los centroamericanos, se entregaron a la Patrulla Fronteriza en el bordo del Río Bravo, cerca del Punte Internacional Paso del Norte, pero la realidad fue otra a sus planes.

Fueron regresados a México y desde entonces esperan poder cruzar para iniciar una nueva vida.

“Cuando nos dijeron que no había

solución, él se puso a llorar porque me decía ‘mami, pero no nos vayan a separar, porque yo sin usted no puedo vivir’, y él lloraba porque a lo que le daba tristeza era escuchar de los niños que andan sin mamá, sin papá”, narra la madre de Omar, Ofelia, de 32 años.

La mujer lleva consigo un teléfono celular con el que está pendiente de otros dos hijos, de 3 y 7 años, que dejó en Guatemala, de los que por necesidad tuvo que separarse y dejarlos al cuidado de parientes.

Con el dolor de haberlos dejado, ese sentimiento se incrementaría, reflexiona, si por alguna razón tuviera que separarse de Omar en Estados Unidos.

“Yo le pedí mucho a Dios y a pesar de que me tiraron para acá, tan siquiera estoy con mi hijo a su lado”.

Continúa en siguiente hoja

En el albergue Pan de Vida, donde reciben alojamiento y alimentación, Omar acude a una escuela que se acondicionó hace un año, junto a una gran cantidad de menores que esperan ser llamados por Estados Unidos para solicitar refugio. ■



Pedro Sánchez Briones

■ Omar y su mamá Ofelia esperan que se resuelva su solicitud de refugio en EU.



'Quiero asilo en México'

ALREDEDOR DE 13 MIL MENORES MIGRANTES

EXTRANJEROS ESTÁN EN LA FRONTERA SUR.

MUCHOS DE ELLOS PREFIEREN QUEDARSE EN EL PAÍS.

EDGAR HERNÁNDEZ

TAPACHULA, Chiapas- Joseph Ermond Christian tenía 16 años cuando sus padres decidieron que

debía migrar de Haití a México para ayudar a la familia el año pasado en medio de la pandemia del coronavirus.

El hoy adolescente era un niño cuando el terremoto

destruyó su casa en Puerto Príncipe en enero del 2010. Y aunque era muy pequeño, recuerda que el desastre les arrebató además a una tía, hermana de su madre.

Continúa en siguiente hoja

Fecha 09.05.2021	Sección Forma y Fondo	Página 12-13
----------------------------	---------------------------------	------------------------

Ese mismo año, su padre, Joseph Orestc, sufrió un accidente automovilístico que lo dejó en silla de ruedas. Su hermano mayor, de 22 años, padece una enfermedad mental, y su madre cuida a ambos, además de otro hermano de 11 años.

La familia decidió que Joseph saliera del país en busca de una oportunidad por lo que vendieron una propiedad para costear los 3 mil dólares que representó el viaje desde la Isla hasta México.

“Pienso ayudar a mis padres porque Haití no es seguro, no hay hospitales, mi padre tuvo un accidente y no pudo recuperarse y cada vez que pienso en él es muy triste”, dice en francés con la ayuda de una aplicación móvil de traducción.

Después de una travesía de cinco meses cruzó nueve países antes de llegar a México. De Haití viajó vía aérea a Brasil, y después en autobuses por Perú, Ecuador y Colombia. Caminó por la selva para llegar a Panamá y nuevamente en transporte para avanzar a Costa Rica, Nicaragua, Honduras y Guatemala.

El joven que cumplió los 17 años mientras cruzaba por Sur y Centroamérica, deambulaba en las calles de Tapachula, en la frontera sur con Guatemala, en busca de alimento y un techo para pasar las noches.

Algunas ocasiones consi-

gue que otros haitianos le den alojamiento en cuartos hacianados y otros días, cuando

sale a la calle a buscar qué comer, le agarra la noche y duerme en parques públicos junto a otros migrantes de Guatemala y Honduras, que son los que más viven en condición de calle.

“Quiero ir a la escuela y convertirme en ciudadano mexicano. En un futuro tal vez ser médico”, externa con ayuda del traductor.

En Haití, con mucho esfuerzo concluyó el nivel básico de educación, lo que sería en México la secundaria.

En su país, insiste, hay mucha violencia a causa de la pobreza.

Mantiene comunicación con sus padres a través de las redes sociales, pero “la vida de mi familia está en peligro” advierte el adolescente.

Apenas el 29 de abril, según consta en una hoja de registro, inició el trámite de solicitud de reconocimiento de la condición de refugiado ante la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar), pero no sabe qué prosigue.

“Quiero que en México me den asilo y un lugar donde vivir”, suplica.

DETENIDOS EN EL SUR

Unos 13 mil niños y adolescentes migrantes se encuentran varados en la frontera sur, de acuerdo a estimacio-

nes de organizaciones que trabajan con esa población.

Fabiola Díaz Rovelo, directora de la Fundación Chiapaneca para Mujeres Migrantes, dice que de esa cifra un 10 por ciento serían menores no acompañados.

“Hay de 10 mil a 13 mil niños flotantes, el 50 por ciento tal vez esté en una situación económica en donde reciben apoyos de las familias de Estados Unidos o de Centroamérica y el otro 50 por ciento está en una

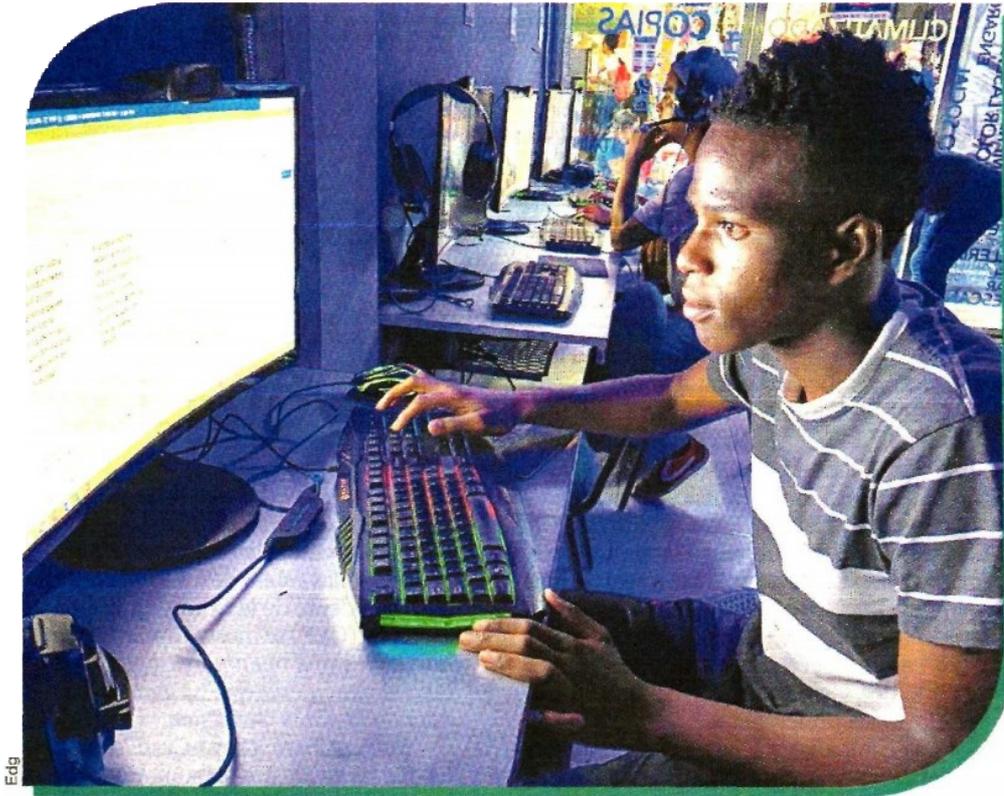
situación deplorable que andan en las calles caminando, pidiendo limosnas con sus papás”, expresa.

Wilner Metelus, presidente del Comité Ciudadano en defensa de los naturalizados y afroamericanos, estima que unos 11 mil haitianos –60 por ciento de ellos jóvenes– están varados en la frontera sur de México viviendo en condiciones de precariedad, incluso, muchos de ellos en situación de hambruna.

Además, según algunos datos, unos 400 niños de padres haitianos nacieron en México en el último año, afirma Metelus.

El activista acusa al Gobierno mexicano de contener a los migrantes para que no avancen al norte del País ya que las citas se prolongan hasta por siete meses en la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados. ■

Continúa en siguiente hoja



Joseph se comunica con con su familia en Haití a través de las redes sociales.

Buscan mejor vida para su hija

EDGAR HERNÁNDEZ

TAPACHULA, Chiapas.- Chadly Agustín y su esposo Carl Lionel dejaron a una niña de 11 años de edad en Haití y emprendieron la travesía en busca de un mejor futuro.

La pequeña es su motor para enfrentar las vicisitudes que representa una travesía que incluyó cinco días por la selva entre Colombia y Panamá donde incluso vieron cadáveres de otros migrantes que se quedaron en el camino en busca del sueño americano, narra Chadly.

La selva del Darién es peligrosa. Ella y su esposo se cubrieron de la lluvia apenas con un pedazo de plástico, otros migrantes enfermaron, además de que en ese trayecto los asaltaron. Muchos

ya no pueden seguir y mueren, platica en un español muy básico.

“En Haití no hay trabajo, no hay seguridad”, dice mientras sostiene una cubeta con aguas y refrescos que vende en el centro de Tapachula para obtener algunos ingresos y sobrevivir.

Los 5 y 10 pesos en los que vende las bebidas apenas le alcanzan para ganar 150 pesos al día en una jornada de más de 12 horas.

Antes de llegar a México, hace un mes, en la nueva oleada de haitianos, pasó cuatro años en Chile trabajando para ahorrar y poder pagar el viaje en el que gastaron unos 2 mil 500 dólares, casi 50 mil pesos mexicanos.

“Para mí es muy difícil, pero tengo que buscar una

mejor vida para mi hija, para el futuro de mi hija”, expresa la joven de 28 años de edad conteniendo unas lágrimas.

La semana pasada inició el trámite de asilo ante la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar). Tuvo que madrugar a las tres de la mañana para hacer fila en las oficinas de la dependencia federal que diariamente se atiborra de extranjeros.

Pero ahora tendrá que esperar cuatro meses una nueva cita, para que las autoridades revisen su caso.

Mientras tanto confía que con la venta de aguas y refrescos pueda reunir lo necesario y rentar un lugar donde vivir para salirse del sitio donde unos connacionales le dieron un espacio en el piso, ya que en la misma habi-

Continúa en siguiente hoja

Fecha 09.05.2021	Sección Forma y Fondo	Página 12-13
----------------------------	---------------------------------	------------------------

tación duermen otros cinco haitianos.

RECIÉN LLEGADOS

Begens Decino y Ketia Jean salieron solos de Haití y llegaron a México hace dos semanas con una niña que nació en Chile, donde radicaron cinco años.

En el país sudamericano ya no había oportunidad de trabajo por lo que decidieron seguir hacia el norte y después de 45 días de camino, a veces en autobús y en ocasiones a pie, llegaron a la frontera sur donde se encontraron con cientos más de haitianos.

Afligidos en busca de una farmacia porque la pequeña de dos años de edad enfermó debido a las recientes lluvias que se registran en la región, la pareja tiene la esperanza que la Comar les otorgue el reconocimiento de asilo para poder conseguir un trabajo.

“Quiero papeles definitivos para vivir en México y trabajar, eso quiero, nada más. Todavía no sé (si ir a los Estados Unidos)”, expresa.

Y es que se acabaron los ahorros, ya que el viaje les costó 4 mil dólares, unos 80 mil pesos mexicanos, pues

debieron pagar a traficantes para ayudarlos a cruzar las fronteras de siete países.

Y también les urge una fuente de ingreso porque lo último que les quedaba lo gastaron en pagar un pequeño cuarto en el centro.

Su esposa, Ketia, se niega a hablar. Begens dice que tiene desconfianza porque muchas personas se han aprovechado de su condición de extranjeros para engañarlos.

Un hombre les robó 100 dólares en Guatemala con la promesa de ayudarlos.

“Pidió el dinero, y no lo vimos más”, recuerda molesto.



Edgar Hernández

Chadly vende bebidas en las calles de Tapachula para poder sobrevivir.

Muchos han quedado varados, luego de ser detenidos por la Patrulla Fronteriza y devueltos a México. Esperan la resolución de sus peticiones de asilo en EU.